

GARRETT CURBOW

HIJA

de la

LUZ

CROSS
BOOKS

GARRETT CURBOW

HIJA

de la

LUZ



CROSSBOOKS, 2023
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Daughter of Light*
© del texto: Garrett Curbow, 2022

© de la traducción: Auxiliadora Figueroa, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2023
ISBN: 978-84-08-27688-3
Depósito legal: B. 13.264-2023
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

❧ 1 ❧

Eileen cerró sus ojos de color azul intenso y el sofocante calor estival se convirtió en una llama danzando en la mano de Damon. Una gota de sudor brotó de su frente y le hizo cosquillas al deslizarse por la nariz. Tomó aire para acallar el ruido de sus pensamientos y dejó que entrase y saliese de sus pulmones lentamente. Estaba intentando escuchar el riachuelo que corría a lo lejos y el murmullo de los insectos bajo las hojas de los árboles.

El susurro de las hojas se transformó en las palabras hirientes de Serilda. Eileen se sentó a horcajadas en la rama de un árbol, a seis metros del suelo cubierto de musgo. Uno de los nudos del tronco se le clavó en la columna, donde tenía las cicatrices de los latigazos de fuego que le había dado Winona la Anciana, y se retorció de dolor.

Al exhalar, se dejó inundar por los recuerdos de Serilda, Damon y el resto de las brujas que llevaban toda la vida torturándola por ser diferente.

Diferente. Se le escapó una sonrisilla burlona. Abrió los ojos y, con un bufido, dio por terminados sus ejercicios de respiración para meditar. Hacía tres horas que había abandonado el poblado hecha una fiera, llena de rabia y con la

promesa de no volver. Si las brujas la querían muerta, igual que al resto de los hechiceros, a lo mejor ese era su destino. No tenía ninguna intención de morir, pero si pasaba...

Eileen se deshizo de esos pensamientos. Aunque todo el mundo la repudiase, Rosalyn, su hermana de otra madre, siempre estaría ahí para quererla.

Alzó la vista hacia el entramado de ramas bañadas en la luz dorada del mediodía y le rugió el estómago. Cuando se fue eran las once de la mañana, así que a estas horas las brujas ya tendrían que estar reuniéndose en el comedor. Suspiró y comenzó a fantasear con las tiras de beicon carbonizadas, el pan esponjoso y...

De pronto, una ramita se partió en el suelo.

La joven se llevó un susto de muerte. Por instinto, colocó una flecha en su arco, el arma que Rosalyn le regaló hace años, y entrecerró los ojos para intentar ver a través del verde follaje. Rozó el dibujo tallado de una montaña con el pulgar.

Una cierva apareció entre los árboles y se puso a olisquear un racimo de frambuesas con forma de espiral. Apuntó y la cuerda del arco soltó un quejido al tensarse. La mano con la que sujetaba la flecha le rozó la mejilla, pero Eileen ni siquiera la reconoció como propia, fue como si no formase parte de su cuerpo.

Casi nunca mataba nada, aunque eso significase quedarse sin cenar.

La primera vez que Damon la acorraló y, con las llamas danzando en la palma de su mano, le apretó el brazo hasta que este comenzó a burbujear bajo el fuego, se hizo una promesa a sí misma. Solo tenía siete años, pero ya se juró que sería mejor que las brujas que la torturaban.

La cierva estiró el cuello y miró a Eileen con un destello de miedo en su mirada marrón. ¿A cuántos miembros de su

familia habían matado las otras brujas? La cierva sacudió las orejas y parpadeó como si quisiera preguntarle: «¿Vas a hacerme daño?». Eileen relajó el brazo y suspiró.

—No —dijo en voz alta—. No voy a hacerte daño.

La cierva echó a correr por la maleza entre el crujido de las hojas que iba encontrando a su paso. A Eileen se le cayó el alma a los pies. Llevaba dos meses sin matar nada. Se podía decir que estaba en huelga. Cazar era una condición indispensable para ser una bruja en Mohana; allí no había comerciantes que importasen alimentos, restaurantes a los que ir a comer ni mares en los que pescar. Todo lo que tenían eran los recursos que les proporcionaba el bosque. Claro que Eileen no era una bruja.

La chica se quedó mirando a la cierva mientras desaparecía entre los árboles.

«Saoirse sabe que no necesito nada más que me diferencie de ellas», pensó Eileen.

Llevaba viviendo entre ellas toda la vida y nunca habían dejado de torturarla por todo lo que la hacía distinta. Tenía señales de quemaduras por todo su ser, tanto a nivel físico como emocional, pruebas de todo el daño que le habían causado. Durante dieciséis años le habían dado palizas y la habían achicharrado. Rosalyn era lo más parecido que tenía a una hermana, pero incluso ella era más despiadada de lo que Eileen podría ser jamás. Cuando iban a cazar juntas, Rosalyn podía sacar una flecha, apuntar, disparar y atravesar los pulmones de un ciervo antes de que ella pudiese coger su arco.

Era consciente de que esto la hacía parecer débil ante los ojos de las otras brujas, pero llevaba toda la vida practicando el arte de que le importase un comino. Si las brujas creían que se merecía estar muerta por ser más compasiva que ellas, así sería.

«Que intenten matarme», pensó Eileen.

Otro chasquido resonó entre los árboles y, a continuación, escuchó el crujido de unos pasos. Eileen sacó otra flecha y se colocó en posición. Por encima de sus valores morales estaba su estómago, que no paraba de rugir como una dolina en la que solo había ácido y aire. Necesitaba comer, y pronto.

«Puedes hacerlo, es solo un animal».

«Es solo un...».

De pronto, unas criaturas atravesaron la verde arboleda y salieron al claro.

Aquellos apagados ojos marrones no dejaron lugar a dudas: eran humanos.

Unas capas de color azul marino cubrían las espaldas de los dos hombres.

Eileen se quedó de piedra; lo único que pudo hacer fue seguirlos con la mirada. Tenía que volver al poblado, tenía que contárselo a Loren o a Rosalyn. Hacía dieciséis años que los humanos no entraban en Mohana.

Pero no podía mover ni un dedo. Y, mientras tanto, los dos hombres iban de camino a su pueblo, aplastando hojas y matorrales con sus pies enormes. Le iba a salir humo de la cabeza de tanto intentar averiguar qué estaba pasando.

—Si pudieras asesinar a una sola persona en el mundo sin que hubiese consecuencias, ¿a quién matarías? —le preguntó uno al otro.

Tenía una voz grave y potente, como el eco que permanece vibrando en el aire cuando tocan las campanas.

—No sé, seguramente a mi mujer.

El primer hombre soltó una carcajada. Tenía el pelo oscuro y la cara resplandeciente por el sudor.

«Yo también estaría sudando así si fuese por ahí con este calor y una armadura que me cubriese todo el cuerpo», pensó Eileen.

—¿Huele a humo o soy yo? —añadió el segundo hombre, más bajito que su compañero.

Este volvió a reírse.

—Tú lo que estás es paranoico. Todo este puñetero país huele a humo.

—¿Sabes qué? —le contestó el hombre más menudo—. Creo que el rey solo nos ha mandado aquí para deshacerse de nosotros. Creo que lo de la Última Hechicera no es más que una leyenda...

Eileen casi se desmaya del susto. Se le había olvidado que todavía tenía la flecha preparada para disparar y, cuando lo recordó, ya era demasiado tarde.

Los dedos le fallaron, soltaron la cuerda y la flecha salió disparada; todo esto en menos de un suspiro.

La punta afilada se clavó en un árbol y le faltó un pelo para darle a la cabeza del hombre más bajito. El impacto armó un estruendo en el silencio del bosque. El soldado se dio media vuelta y comenzó a mirar entre las temblorosas copas de los árboles.

«Sálvame, Saoirse», imploró Eileen mientras veía cómo la mirada del humano se llenaba de miedo y de ira.

El hombre entrecerró los ojos para ver a través de los árboles. La chica pensó en esconderse entre la maraña de agujas de pino, pero era demasiado escasa como para ocultarla; la descubrirían en cuestión de segundos. Si intentaba bajar del árbol, revelaría su posición. Al ver el arco largo que el hombre más alto llevaba colgado a la espalda, se replanteó cualquier tipo de descenso lento por el tronco; podría dispararle en menos que canta un gallo.

Solo tenía una posibilidad.

Eileen se descolgó de tres ramas y, para el resto del trayecto, se dejó caer hasta el suelo, pero aterrizó mal, en cuclillas, y una ola de dolor le recorrió los pies.

De pronto, se vio atrapada en un duelo de miradas con los humanos. Los tres envueltos en una densa humedad que le pareció igual que una manta de pelo.

Eileen pestañeó y, en lo que duró un lento suspiro, intentó captar toda la información que pudo de los dos hombres.

Ambos tenían la barba larga y una armadura gris marango en la que se reflejaba la luz; habían desenfundado las espadas y un tigre apoyado en sus patas traseras adornaba sus petos. La chica estaba entre fascinada y aterrorizada por el hecho de tener a dos personas de ojos-no-rojos allí mismo, de pie, delante de ella. Después de la guerra del Desierto, dieciséis años atrás, Leon Hadar y las brujas firmaron un tratado que prohibía cruzar la frontera de Mohana. Los humanos tenían prohibido entrar. Las brujas no podían salir.

Y los hechiceros, para entonces, ya no eran un problema.

Los habían aniquilado a todos.

Pero, en ese momento, Eileen no disponía de tiempo para quedarse embobada con esos humanos. Las hojas se deslizaron bajo sus pies cuando se dio media vuelta y echó a correr. Pensó que quizás podía salir huyendo, que a lo mejor conseguía escapar, pero la vegetación tenía otros planes para ella. Una raíz se le enganchó en el pie, las piernas se le enredaron y acabó aterrizando en el suelo con el hombro. Escuchó un chasquido; se había caído encima del arco y lo había hecho pedazos.

Eileen había visto a Rosalyn trabajar en ese arco durante meses. Buscó la madera perfecta, lo pulió hasta que quedó tan suave como el terciopelo y talló unos motivos complejÍsimos. Le dolió verlo roto, pero no tenía tiempo para lamentarse por su pérdida. No cuando la estaban persiguiendo dos humanos. Se puso de pie de un salto y ni siquiera se paró a sacudirse la tierra de los pantalones.

Decidió darse media vuelta para plantarles cara y puso en marcha el plan B.

Estiró los brazos hacia delante; las manos dejaban de temblarle.

«Coge aire. Respira hondo».

Los humanos adoptaron una postura defensiva ante el inminente ataque. La vegetación y la luz del sol se reflejaban en sus espadas. Los ojos se les pusieron como platos y, en ese momento, Eileen vio que acababan de darse cuenta de que ella no era una bruja más. Supo que, incluso a la sombra de los árboles, pudieron ver el azul intenso que desbordaban sus ojos.

Los ojos de una hechicera.

—Me cago en... —despotricó el hombre más alto, que se había quedado boquiabierto.

—¡Es ella! —la señaló el otro—. ¡Es la Última Hechicera!

Eileen cerró los ojos y acalló el mundanal ruido. Solo existía una manera de salir viva de allí, si es que de verdad ella era lo que estaban buscando. Aunque no entendía cómo había podido pasar. Fuera de Mohana nadie sabía de su existencia o, al menos, eso creía.

Arrancó esos pensamientos de su mente como si fuesen viejas telarañas y se concentró en su poder, su sagrado y oculto poder de hechicera.

El único en el mundo.

«Respira hondo».

En ese momento, lo único que sentía era la humedad que cubría el bosque, el rocío que se aferraba a las hojas, a su ropa y al suelo. Notó como si trepase por su cuerpo y se arremolinara en sus venas. Era como si ella fuese una nube negra a punto de lanzar un rayo, a la espera de soltar un chaparrón.

Abrió los ojos azules.

Y atacó.

De la nada, surgieron unos chorros de agua plateada dirigidos por las manos de Eileen. A continuación, estiró los brazos de golpe y las dos columnas gemelas cayeron en forma de cascada. Los hombres se quedaron mirando horrorizados el espectáculo; no sabían si era mejor salir corriendo o atacar y, mientras se lo pensaban, las dos serpientes de agua ya se habían cernido sobre ellos.

Eileen giró las muñecas y el agua les rodeó las piernas y se enroscó en sus cuerpos como una culebra a un árbol.

Para entonces, parecía que la conmoción de los dos humanos se había esfumado.

La chica apretó los puños y solidificó el agua, que se convirtió en hielo con un crujido. Uno de los hombres aulló mientras las piernas se le congelaban y se quedaba atrapado en el bloque de hielo.

El otro se liberó antes de que el agua llegase a estar en estado sólido y salió corriendo hacia ella, acompañado del ruido metálico de la armadura. Eileen ahondó en lo más profundo de su poder y volvió a crear agua de la nada, aunque esta vez dividió el chorro en cuchillas. Una de ellas rozó la cara velluda del hombre, pero este hizo como si nada y continuó corriendo hacia ella. Ya estaba muy cerca, tan solo a unos pocos pasos, con la espada en alto y listo para asestar el golpe...

La chica reaccionó antes incluso de que pudiese pensarlo. Estiró los brazos y, con un gesto de dolor, cerró los ojos con todas sus fuerzas.

Un leve balbuceo la obligó a volver a abrirlos.

El humano se encontraba arrodillado ante a ella y, con una mano, estaba taponándose una herida en el cuello de la que no paraba de brotar sangre. El fragmento de una cuchilla de hielo asomaba entre sus dedos, entre los que corría el líquido escarlata. Fue cuando Eileen se dio cuenta de que el hombre no se estaba tocando el cuello, sino que estaba desa-

brochándose la capa. La tela azul marino se desplomó en el suelo. El emblema plateado del tigre de Euanthe parecía tener la capacidad de reflejar la sangre.

El soldado también se desplomó en el suelo y emitió un último gemido.

La muchacha se quedó de pie frente al cadáver, incapaz de apartar los ojos de la sangre que se deslizaba por el peto como el vino cuando se derrama de una copa.

Tragó saliva y dio un paso atrás; le escocían los ojos por el fuerte hedor a mierda. Se había cagado encima. Volvió a tragar para intentar deshacer el nudo que tenía en la garganta.

—Lo has matado —le dijo el humano que sí había conseguido atrapar—. Lo has matado...

Eileen levantó la vista de golpe. Se había olvidado del otro hombre al que le había enterrado los pies en hielo.

Tenía que contárselo a alguien... Tenía que... No podía pensar con claridad y no dejaba de aferrarse a pensamientos e imágenes intermitentes de trozos de madera en mitad de una tormenta en el mar. Eileen se alejó a trompicones y se subió a un árbol para protegerse. Una arcada de bilis ardiente trepó por su garganta, pero consiguió contenerla.

«He matado a un hombre. Está muerto por mi culpa».

Se tocó el cuello con los dedos temblorosos, en el mismo lugar en el que su cuchilla de hielo le había arrebatado la vida al humano.

—No era mi intención —susurró—. No quería hacerle eso.

—¡Ayuda! —gritó el hombre alto mientras se retorció en su cepo de hielo—. ¡Que alguien me ayude!

Eileen se bajó del árbol y pasó sin darse cuenta junto al cadáver del soldado. Tenía que dar con Loren o con Rosalyn. Alguien con quien hablar de lo que acababa de pasar, alguien a quien contárselo.

«Ahora soy igual que ellas —pensó—. Soy una asesina».

Pasó por delante del hombre más alto y notó que algo húmedo y caliente le salpicaba la mejilla. Era saliva. Se estremeció.

La mente le iba a toda prisa mientras corría entre los árboles en dirección al poblado. O al menos creía que allí era a donde se dirigía. Eileen se paró un momento para tranquilizarse, pero al frenar tuvo que cerrar los ojos y al cerrarlos revivió el hielo en el cuello de aquel hombre, la sangre... El asco le invadió poco a poco el estómago y le retorció las tripas; la piel se le puso de gallina y tuvo que inclinarse mientras notaba el ardor de la bilis en lo más profundo de la garganta.

Comenzó a dar arcadas, pero no vomitó.

Cuando terminó, se limpió los hilillos de baba de la boca y siguió su camino.



Eileen salió de entre los árboles y fue corriendo cada vez más lento hasta que se paró para entrar caminando al pintoresco pueblecito. Los tejados eran de paja y el humo salía perezoso por las chimeneas; la hierba era verde y un arroyo sinuoso cruzaba el poblado. Se detuvo un momento para aclarar su mente y decidir a quién debía acudir primero: a Rosalyn o a Loren. Rosalyn era la primera persona a la que se lo contaba todo, pero Loren era la Anciana Bruja, y seguro que sabría qué hacer.

Eileen cruzó el pueblo a toda prisa, pasó por el puente de madera y dejó atrás los huertos de tomates, pepinos y sandías. Al fin, llegó a casa de la Anciana Bruja y llamó a la puerta. Se preguntaba cómo reaccionaría Loren cuando le contase que había humanos en el bosque; uno vivo y otro

muerto. Que ella había sido la que había matado a uno de ellos. A Eileen se le heló la sangre solo de pensarlo. Hacía años que no llamaba a la puerta de Loren para contarle sus problemas. ¿Y si la Anciana Bruja se negaba a escucharla ahora que había vuelto después de tanto tiempo?

Dos segundos más tarde, la puerta se abrió y en el umbral apareció una cara conocida.

Loren sonrió.

—¡Que me parta un rayo! —dijo la Anciana Bruja, mientras agitaba su pipa y se hacía a un lado—. Vamos, pasa.

Al cruzar la puerta, olió el aroma del tabaco dulce y la menta, y le trajo una avalancha de recuerdos. Cuando era pequeña, Loren siempre estaba ahí para darle remedios medicinales para las quemaduras que le hacían las otras brujas, sacarle una sonrisa cuando estaba triste o abrazarla cuando se ponía a llorar. Eileen era la última hechicera que quedaba sobre la faz de la tierra y permanecía oculta en un país plagado de brujas. Dieciséis años atrás, por alguna razón, Loren se marcó el objetivo personal de cuidar de Eileen.

—Ha pasado algo en el bosque.

La muchacha siguió a la Anciana Bruja hasta la cocina. La mujer se puso a cortar una zanahoria en la encimera. Un ruido sordo perturbaba el silencio cada vez que el cuchillo golpeaba la tabla de cortar.

—¿Te apetece un aperitivo, corazón?

Eileen negó con la cabeza y comenzó a dar saltitos de puntillas.

—No, necesito que me escuches.

Loren arqueó una ceja y se secó las manos con un mugriento trapo de tela.

—Hacía mucho tiempo que no necesitabas que te escuchase.

La chica estaba intentando encontrar las palabras.

—Lo sé y lo siento, pero esto es... un caso excepcional. Estaba en el bosque, sentada en un árbol, y vi un ciervo, pero salió huyendo. Después escuché otro ruido detrás de un matorral, así que no podía ver qué era. Creí que era otro ciervo, como mucho un oso, pero eran dos hombres humanos. Dos puñeteros humanos.

Loren se quedó helada y sus ojos rojos se oscurecieron hasta ponerse del color de la sangre fresca. Metió el cuchillo en un cajón y condujo a Eileen a través de la planta baja hacia un rincón lleno de alfombras y de libros antiguos. La Anciana Bruja encendió una vela que había entre dos butacas. La joven se hundió en los cojines de una de ellas y se dio un momento para ordenar sus pensamientos.

El humo dibujaba tirabuzones al desprenderse de la mecha crepitante de la vela.

—Cuéntame —le pidió Loren cuando se sentó.

La muchacha carraspeó para aclararse la voz.

—Eran dos humanos. Mencionaron algo sobre una Última Hechicera. Yo di por hecho que estaban hablando de mí, no sé cuántas últimas hechiceras hay pululando por Mohana. Y los humanos eran soldados de Euanthe. Llevaban el emblema del tigre de Leon Hadar en las capas y en la armadura.

—¿Y qué has hecho? —le preguntó Loren—. ¿Siguen allí?

Eileen se quedó mirando la luz trémula de la vela en un intento de luchar contra la bilis que estaba volviendo a brotar en su garganta.

—Uno de ellos sí. A ese lo he dejado atrapado, pero al otro... —Se le rompió la voz—. Ha sido sin querer.

Loren no parecía sorprendida ni preocupada, solo dejó la mirada perdida y se le dibujó un gesto serio en los labios.

Durante un momento guardaron silencio. La chica no sabía si irse, quedarse o decir algo.

La mujer alzó la mano para ponerse un chal en los hombros. Como resultado, un montón de mechones grises le cayeron sobre la cara.

—¿Estás segura de que eran de Euanthe? —le preguntó la Anciana Bruja.

Eileen asintió.

—¿Y el que has atrapado sigue donde lo has dejado? —añadió Loren.

Acto seguido dibujó una U con los labios para apagar la vela de un soplido. Chupó la boquilla de la pipa y exhaló una nube de humo azul. Después, cruzó la habitación para coger su capa y se envolvió en ella.

—Debería —le respondió Eileen.

Loren la miró por encima del hombro y la hechicera vio un brillo de osadía en su mirada.

—Pues vamos a hablar con él.